



...en el Ateneo se inauguró el XI salón de Fotografías de Montaña, organizado por la Real Sociedad Española de Alpinismo de Peñalara, que obtuvo un gran triunfo. (70. P. 1.)

Los intelectuales, España y la historia

La historia de los intelectuales es también una forma de contar la historia de un país. La obra de José-Carlos Mainer es esencial para entender la importancia de una figura cuya decadencia se ha señalado muchas veces pero que, como dice David Jiménez Torres, no muere ni se destruye: solo se transforma.

La huella amarilla

por **José Andrés Rojo**

En algún momento entre 1925 y 1936, la época en que se publicó *La Nación* —el periódico que impulsó y financió la dictadura de Primo de Rivera—, pudo leerse en sus páginas una descripción precisa de los rasgos físicos de lo que entonces era un típico intelectual. Se lo presentaba como “un hombre alto, joven, delgado, con gafas de concha” y “media melena” y en cuyo rostro la envidia ha “dejado una huella amarilla”. La referencia está en *La palabra ambigua*, el ensayo publicado por David Jiménez

Torres (Madrid, 1986), en el que este doctor en estudios hispánicos por la Universidad de Cambridge y profesor en la Universidad Complutense, columnista de *El Mundo* y colaborador de *Letras Libres* y de *The Times Literary Supplement*, se ocupa de los intelectuales de España entre 1889 y 2019.

Lo que Jiménez Torres pretende es centrarse “en el largo y sorprendente viaje de una palabra: *intelectual*, en su uso como sustantivo”. Y es cierto que puede leerse como una rigurosa investigación, llena de erudición y atenta a cientos de detalles, sobre los bailes que ha dado desde finales del siglo XIX un término que ha producido largas reflexiones y disputas polémicas, sin saberse a qué alude en verdad, porque está lleno de diferentes significados y, también, porque produce intensas sacudidas emocionales. Atracción y rechazo, nunca indiferencia, y eso que es posible que tuviera

razón Michel Foucault, convocado en la “conclusión”, cuando confesaba haber escuchado hablar mucho de intelectuales pero no haber conocido en su vida a ninguno.

La vida de una palabra a lo largo de más de un siglo, cómo fue cambiando de ropajes, el desprecio que generó en algunos, la identificación que produjo en otros, pero este ensayo puede leerse también como una sucesión de espejos en los que inevitablemente se reconoce cualquiera que se haya embarcado alguna vez en la tarea de implicarse con sus opiniones en los debates de una sociedad. En un manifiesto antifranquista de 1963, se alude a la tarea del intelectual como la de aquel que pretende “el esclarecimiento de la verdad y contribuir a la formación de una conciencia pública”. Quizá ese doble reto sea el que de una manera u otra han cultivado cuantos figuran en este libro. “¡Y que me hayan llamado intelectual! ¡A mí! ¡A mí, que aborrezco como el que más al intelectualismo! ¿Intelectual yo?”, bramaba Unamuno en 1914. En 1931, Ortega confesaba: “Yo soy hasta la médula intelectual.” Uno y otro vinieron a hacer al final lo mismo y de cuanto hicieron tantos como ellos —escribir, pronunciarse, intentar entender, influir, criticar— es de lo que se ocupa Jiménez Torres.

La palabra ambigua es por tanto una invitación a acercarse a la historia de España por un camino lateral, siguiéndoles la pista a quienes quisieron “moldearla” de alguna manera, aunque fuera solo intentando entender los hechos que ocurrían, el rumbo que tomaban las ideas, los juegos de poder. Son seis capítulos. La desconfianza en el sistema de la Restauración, la influencia del *J'accuse!* de Zola, la irradiación de la *intelligentsia* rusa, el desastre del 98 pesan en el primero, de 1889-1914. El segundo, de 1914 a 1936, es el de los bandos enfrentados sobre la Gran Guerra, el del empuje de la generación del 27, el Ateneo y la dictadura de Primo de Rivera, *La trahison des clercs* de Julien Benda, la República como obra de los intelectuales. Tercero, de 1936 a 1975: Guerra Civil, exilio, dictadura; acaso cuando se marca más la ruptura y los intelectuales verdaderos fueron los que estuvieron contra Franco. El cuarto da cuenta de la Transición, ahí empiezan a desdibujarse y la televisión les cambia el paso, se pronuncian ante la violencia terrorista. Los años que van de 1982 a 2008 son los que recogen el debate sobre la muerte del intelectual: ha perdido influencia, está manchado por su complicidad con los regímenes totalitarios, vive del cuento subvencionado por los poderes públicos. El sexto ya apunta a esta época de redes sociales e *influencers*, de 2008 a 2019: tiempo de descrédito (los acusados de no anticipar la debacle económica), son frívolos e irresponsables, se pliegan a los patrocinadores del *procés* o a

quienes defienden el nacionalismo español, son diletantes, así que hay quien reclama la presencia de los expertos, que se acaben las tonterías.

Son cuatro trazos burdos para sintetizar un sinfín de enfrentamientos y debates, de batallas intelectuales estériles y de brillantes fogonazos de talento, de acercarse en definitiva a aquellos que llevan marcado el rostro con la huella amarilla. El intelectual aparece en todo este tiempo casi siempre como un varón, y con los valores de la masculinidad. La pugna entre derecha e izquierda es permanente (y rara: hay épocas en que anarquistas y socialistas abominan de los intelectuales por elitistas). Al cabo, el ensayo de David Jiménez Torres es un paseo por la historia reciente de España, y de los esfuerzos por cambiarle el rumbo. Recorrerla produce a ratos demasiada tristeza por volver a encontrarse con tantos despropósitos ejecutados con tanta solemnidad. Tiene el inmenso mérito de invitar a la sonrisa, acaso la única manera de tomarse con distancia esa ingenua (pero acaso necesaria) e infatigable tarea de empeñarse en cambiar las cosas con las palabras. —

JOSÉ ANDRÉS ROJO es escritor y redactor jefe de la sección de opinión de *El País*. En 2016 publicó *Camino a Trinidad* (Pre-Textos).

José-Carlos Mainer: “Siempre he creído en las virtudes del género ensayístico”

por **Antón Castro**

“Dejar algunos detalles de mi legado literario en la Caja de las Letras del Instituto Cervantes ha sido un espléndido e inesperado regalo. He dejado allí alguna primera edición de mis libros más antiguos, cartas de buenos amigos escritores y algunos textos narrativos que publiqué a los dieciséis años”, dice el catedrático de literatura española, escritor e investigador José-Carlos Mainer Baqué (Zaragoza, 1944), sin lugar a dudas una de las grandes figuras de la filología y de la historia de la literatura en España. Algunos de sus títulos, y se aproxima a los treinta individuales, son *La edad de Plata (1902-1939)*. *Ensayo de una interpretación de un proceso cultural* (Cátedra); *La escritura desatada. El mundo de las novelas* (Temas de Hoy, 2001); *La corona becha trizas, 1930-1960* (Crítica, 2008); *Moradores de Sansueña (Lecturas cervantinas de los exiliados republicanos de 1939)* (Cátedra Miguel Delibes,



2006); *Periferias de la literatura* (Fórcola, 2018); *17 de diciembre de 1927. El triunfo de la literatura* (Taurus, 2020). Entre otras responsabilidades y cargos, ha sido el director de la *Historia de la literatura española en nueve volúmenes* (Crítica, 2010-2013).

¿Qué se siente más: un filólogo o un historiador de la literatura?

Me siento por igual las dos cosas. Y es obvio que la primera incluye a la segunda, así como lo es que la historia de la literatura es un modo de trabajar que resulta esencialmente inclusivo de muchas perspectivas.

Si mira hacia atrás, ¿puede hablarse de un instante en el que decide abrazar la literatura? ¿Le ha marcado alguien en la infancia y adolescencia, habida cuenta de que usted ha sido determinante en algunas vocaciones sobre todo desde la enseñanza?

Siempre fui un lector voraz, pero la decisión de dedicarme a los estudios literarios la tomé tarde, acabado ya el bachillerato de ciencias. Aquel verano lo dediqué a aprender algo de griego y a mejorar mi latín y en septiembre me vi en primero de “comunes” en la facultad zaragozana de letras sin saber muy bien lo que me esperaba. Solo al final del curso siguiente supe que quería estudiar filología románica y además en Barcelona.

Siempre cita a maestros clave: Francisco Ynduráin, José Manuel Bleuca, Martín de Riquer. ¿Cómo le influyeron y en qué medida fueron claves en su trayectoria posterior?

Francisco Ynduráin era inimitable pero algo me quedó de sus olímpicos desdenes por la vulgaridad, de la preocupación por el estilo o de la amplitud de sus lecturas... De Bleuca aprendí sensibilidad, atención al detalle y curiosidad universal; a Riquer le debo cuanto sé de la Edad Media y del *Quijote*, pero además me prestó algunas ayudas personales decisivas. Tuve también otros maestros

importantes y, entre ellos, debo destacar a Francisco Rico: tenemos casi la misma edad pero el trato de usted tardó algún tiempo en desaparecer... Mi admiración y mi afecto nunca lo hicieron: es el primer filólogo español de los últimos decenios.

Cuando habla, desde otra perspectiva ya, quizá más metodológica, cita a dos referentes: Jean Paul Sartre y Borges.

Fueron (y quizá todavía son) dos admiraciones de mi aprendizaje que además alumbraban territorios opuestos: Sartre significó el descubrimiento de la insatisfacción vital y de cierta forma de encarnizamiento dialéctico, mientras que Borges me acercaba al triunfo de la imaginación y el juego culturales, aunque también incluyera la taciturna violencia gaucha.

Le han interesado mucho algunos autores vinculados al franquismo, entre ellos Fernández Flórez, objeto de su tesis doctoral. ¿Fue un tema elegido, sugerido, o fue un modo de vencer prejuicios?

Mi padre había sido un lector entusiasta de don Wenceslao y, siendo adolescente, yo me había leído todas sus novelas. Supongo que ya atisbé entonces algunas de sus contradicciones; cuando escribí mi tesis, acababa de leerme la biografía de Gustave Flaubert escrita con tanto encarnizamiento por Jean Paul Sartre: ese fue mi modelo para un libro que titulé *Análisis de una insatisfacción. Las novelas de W. Fernández Flórez*.

En 1975, cuando publicó *La Edad de Plata*, ya era plenamente José-Carlos Mainer: ese historiador y lector que crea un entramado sociológico y político alrededor de la vida y la obra de cada escritor. ¿Qué quería hacer, cómo definiría su poética de estudioso, de analista, incluso de narrador desde el ensayo?

Cuando publiqué el libro en su primera edición, me constaba que la palabra “ensayo” tenía una intención derogatoria en los medios académicos, tanto los tradicionales como los que estaban *à la page*. Pero yo siempre he creído en las virtudes del género ensayístico.

Ha ejercido la crítica en diversos medios, entre ellos *El País* y diversas revistas, y siempre ofrece una mirada personal, serena, no necesariamente dada al elogio. ¿Cómo se ha planteado la crítica, desde qué postura la ha ejercido?

Lo primero que pretendo es ayudar a la lectura de la obra por parte del lector. Lo segundo es que el autor se reconozca cabalmente en mis palabras. Con alguna excepción, no reseño lo que no me gusta; lo contrario –decir que un libro es malo– lo he hecho únicamente con estudios académicos.

¿Cuáles han sido su actitud y su compromiso ante los textos? Uno tiene la sensación de que nunca habla de oídas, de que se ha entregado en cuerpo y alma a las novelas, a los poemas, a los ensayos. Su carrera está plagada de textos más bien cortos, casi miniensayos, sobre un montón de escritores y de libros. ¿Es ese el género que más le gusta? Se diría que ha armado así muchos libros..., a partir de fragmentos o de textos que se reconocen entre sí.

Pienso que es mejor ser breve que prolijo. Y he publicado, en efecto, algunas selecciones de ensayos míos pero siempre buscando un nexo explicativo común, algo que les dé unidad.

Le ha interesado todo. Y ha sido un lector voraz y entusiasta. Si tuviera que hacer una síntesis urgente de la literatura tras la democracia, ¿de qué hablaría?, ¿de la nueva narrativa española, de figuras como Vila-Matas, Pisón, Marías, Almudena Grandes, Cercas..., de la proliferación de sellos editoriales?

Por afinidad temperamental seguramente, pienso que en las novelas de los últimos cuarenta años está contada, en efecto, la historia colectiva de este país. Pero tampoco quisiera olvidarme de algunos poetas...

Ha estudiado al detalle a Machado, a Lorca, a Juan Ramón Jiménez, a Hierro luego, a Brines, a Gimferrer. ¿Son ellos los poetas que dan una idea de la grandeza de nuestra lírica?

Por supuesto. Con alguna adición que podría hacerse, la lista que propones es parte del cuadro de honor de la poesía española vigente.

A Baroja lo ha editado en *Círculo de Lectores/Galaxia Gutenberg* y le ha dedicado una biografía, algo que también ha hecho con Ramón J. Sender y con Benjamín

Jarnés. ¿Qué tiene el escritor de especial, cómo definiría sus afinidades con él?

Mi relación con Pío Baroja tiene algo de incondicional. Reconozco sus trucos, sus momentos bajos, la arbitrariedad de su pensamiento... pero me vence siempre su sinceridad, la sencillez no fingida, la constancia de escribir pensando siempre en el lector.

¿Cómo definiría su trabajo en esa colección de correspondencias de la Residencia de Estudiantes? Y ya de paso, ¿qué ha significado para la cultura española la recuperación de ese espacio y de ese proyecto?

El proyecto “Epístola” es un regalo que nunca agradeceré bastante a los amigos de la Residencia que me pusieron al frente de esa colección. La edición de epistolarios no es muestra de una curiosidad malsana ni un trabajo auxiliar: en esas obras –pienso en la correspondencia de Juan Ramón Jiménez o en la reciente compilación de las cartas del primer director de la Residencia, Alberto Jiménez Fraud– se puede palpar el latido de la historia cultural (e incluso moral) de este país. Participar en el trabajo de la “Resi” (y formar parte del patronato de la Institución Libre de Enseñanza) significa mucho para mí.

Con elegancia y suma discreción, con afecto sincero y en apariencia contenido, ha estado muy cerca de bastantes autores: Ignacio Martínez de Pisón, Jordi Gracia, Luis García Montero, las desaparecidas Almudena Grandes y Carmen Martín Gaité, Javier Cercas, Antonio Muñoz Molina. Y sé que me quedo corto. ¿Qué ha recibido de ellos?

La amistad de los que has citado –todos más jóvenes que yo y alumnos míos algunos...– ha sido algo de lo que he aprendido mucho.

¿Le sigue interesando descubrir nuevas voces o está en ese periodo donde el tiempo se hace escaso hasta para las relecturas?

Procuró estar al día pero es imposible. No solo por la continua incorporación de nombres nuevos sino porque, a mis años, los gustos y los hábitos lectores se hacen resistentes a la novedad. No es algo que me enorgullezca, precisamente...

Es un observador activo y analítico. ¿Cómo ve un fenómeno como *El infinito en un junco* de su paisana Irene Vallejo?

No es un fenómeno... *El infinito en un junco* es un excelente libro que se incorpora, por derecho propio, a una nueva hornada europea de cultivadores del ensayo cultural. –

ANTÓN CASTRO es escritor y periodista. Dirige el suplemento *Artes & Letras de Heraldo de Aragón*. En 2021 publicó *El cazador de ángeles* (Olifante).